

La aldea en que nací

La aldea de Los Santos era muy maja, vista desde los puntales de la Romera; por las mañanas, por el humo de sus chimeneas, se podía contar estadísticamente el número de su vecindad.

Después de Ademuz, siendo una aldea, era el poblado mayor en densidad de habitantes existentes de los siete municipios del Rincón de Ademuz.

Daba gusto vivir en ella y sentir el palpitar de su vida cotidiana en todos sus aspectos. En sus atardeceres, en las calles, aquellos corros de mujeres remendando la ropa; de niñas saltando y cantando con la cuerda, jugando al tejo sobre trazos geométricos dibujados en el suelo; de niños gritando, corriendo tras el rulo, a nadar en el río, en porreta; de hombres hablando de sus labores del campo, de las cosechas, de las fiestas, de las juergas...

Nunca había prisa; había amistad, concordia y confianza, había paz, había alegría. Aquellos bailes, cuando los mozos iban a casa de las mozas a buscarlas. Si no era así, no salían y debían volver acompañadas, con conocidos de confianza.

Aquellos pasacalles nocturnos con música de violín y guitarra, aquellas canciones alusivas, aquellas cencerradas, ¡¡AQUELLAS CENCERRADAS!!

¡Así era mi aldea! Así la siento aún, después de cincuenta años de ausencia, y siento ser torpe y no saber describirla. Así la recuerdo en la lejanía.

No había vigilante o sereno municipal nocturno. Algunos jornaleros que se acostaban tarde y debían madrugar a la mañana siguiente, dejaban, bien tras el pilón adosado a la esquina o bien en la gatera, igual cantidad de guijas del río que el número de hora que debían despertarlo. (Ejemplo: debía levantarse a las 4: cuatro piedras; a las 5: cinco piedras.) El encargado de llamarlos las tenía comprobadas.

Pero hete aquí que los muchachos también lo sabían y antes de ser comprobadas por el encargado, ellos habían quitado una piedra, por lo que eran llamados una hora antes con el consiguiente enfado. Tal era éste, que un jornalero que vivió en una casa al lado de la de la tía Gertrudis, casi en el rincón de la plaza, cuando lo llamaban antes de tiempo, le decía al encargado:

VOCES QUE LLEGAN DE LEJOS

La vida en los montes



Aldea de Los Santos. Al fondo, en lo alto, el Pico Mirón.

- No puedo abrir la puerta por dentro, toma la llave que te doy por la gatera, mete la mano.

La metía y lo que se encontraba era la punta de los cañones de la escopeta y lo amenazaba:

- Vete y no vuelvas; iré al tajo cuando me dé la gana.

Mi aldea ha cambiado, es diferente; me gustaba más la de antes, con sus hogueras de San Antón y San Juan.

Todo ha desaparecido y ante lo que llaman progreso carecen las visiones de futuro. Y eso, aun estando en el lugar más privilegiado del Rincón de Ademuz.

Leandro CALVO. (Viladecans)

